

idea en su más moderna intención –*The Clockwork Man* (1923), de E. V. Odle–, ni abarca en la síntesis los *simulacros* de Philip K. Dick. Algo similar sucede cuando examina la faceta cinematográfica del estereotipo. Es comprensible que analice el *Frankenstein* (1931) de James Whale prescindiendo por completo de valoraciones estéticas, pues prefiere detenerse en los resortes argumentales. (Inciso: Robert Florey, contratado previamente por la Universal, llegó a escribir un guión y a rodar dos bobinas de prueba, cuya influencia en el filme resultante empieza hoy a ser valorada). Algo más desconcertante resulta que, acerca de la película de Paul Wegener, *El golem* (1914), subraye su ambientación en el siglo XXIX. «Es divertido –aclara– notar la generosidad con que en los prolegómenos de la ficción utópica se anticipaban las tramas». Por suerte, si bien ese filme se perdió, disponemos de otra versión, hecha en 1920 por el propio Wegener, y eficazmente ambientada en el *ghetto* de Praga, durante el siglo XVI; esto es, bien lejos de ese desmedido porvenir. Consecuencia adversa del numeroso inventario por catalogar, deslices y omisiones como éstos deslucen algunos pasajes de una monografía que, en otros apartados, acredita una meritoria reserva de datos.

Guzmán Urrero Peña

Los juegos feroces, Francisco Casavella, Mondadori, Barcelona, 2002, 297 pp.

Francisco Casavella (Barcelona, 1963) autor de *El triunfo*, *Quédate* y *Un enano español se suicida en las Vegas*, acaba de publicar *Los juegos feroces*, primera entrega de una trilogía titulada *El día del Watusi* que fue apareciendo poco a poco. En noviembre vimos la segunda: *Viento y joyas*, y en febrero de 2003, la tercera: *El idioma imposible*. Todo un proyecto narrativo que abarca los últimos treinta años de la historia española.

El título general de la trilogía se explica en esta primera novela. «El día del Watusi» es el más importante de la vida del protagonista-narrador porque lo que vivió en ese día determinó su manera de percibir la existencia. El 15 de agosto de 1971, Fernando Atienza, en compañía de su amigo el Yeyé, trata de avisar al Watusi («el rey del ritmo, un bailarín, pero, también, un criminal, un filósofo, un mercenario...») de que unos cuantos matones le están buscando para arreglar cuentas ya que creen que está implicado en la violación y asesinato de la hija del jefe del hampa. Su búsqueda se convertirá en un recorrido que le permitirá descubrir la Barcelona de los 70, pero, sobre todo, el miedo, la violencia, el sexo, la hipocresía, el cinismo, la sobrevivencia, el desengaño, la pérdida, la muerte...

Barcelona es una ciudad muerta y corrompida. Casavella se detiene en el mundo marginal. Fernando Atienza y su compañero de correrías viven en las chabolas de Montjuic, espacio del hampa más canalla; los dos son inmigrantes y, en su periplo urbano, se relacionarán con lo más bajo de la ciudad. Su relato constituirá una crónica negra de unas vidas extremadas que desconocen la ternura, los buenos ratos y la alegría. Este descenso a los bajos fondos permitirá a su autor desvelar una red de intrigas políticas y financieras.

Fernando Atienza rememorará todos estos acontecimientos ocurridos en 1971, veinticuatro años después, en 1995, momento en el que recibe el encargo de escribir un informe que le servirá para meditar sobre su vida y sobre la trayectoria política de España.

Hay que destacar el personalísimo estilo de Casavella que no duda en enfrentarse al lenguaje de una manera precisa y eficaz, abundando en los múltiples registros del idioma, hecho que convierte la prosa de esta novela en un potente entramado estilístico lleno de sugerencias y aciertos: el ágil y acertado uso del *argot* de la delincuencia; los expresivos diálogos; la elección del punto de vista de un narrador escéptico, sumido en el tedio, amargado y sarcástico; las magníficas descripciones de tipos –hay que destacar la fuerza que irá adquiriendo el Watu-

si– y ambientes; la desolada visión de un tiempo pasado y de una ciudad, Barcelona, «destruida, sonámbula, corrupta, sin protesta, sin memoria» que, tampoco, cuenta con el consuelo de un futuro mejor... hacen obligada la lectura de este libro. Es, sobre todo, la descripción de Barcelona uno de los rasgos más destacados. El propio autor confiesa que es una ciudad literariamente «demasiado bien contada, para ser tan pequeña. Pero con buenos resultados. En una novela como *Vida privada* de José María de Sagarra, están todos los tratamientos que se han dado después a la ciudad».

Francisco Casavella ha llevado su literatura «a los barrios a los que se desplaza la delincuencia» y ha conseguido una novela sólida, magnética y llena de matices. Esperemos que las sucesivas entregas mantengan el mismo nivel de exigencia estética.

Milagros Sánchez Arnosi

Regina Beatissima, la leyenda negra de Isabel la Católica, Juan G. Atienza, *La Esfera de los Libros, Historia, Madrid, 2002, 415 pp.*

La figura de la reina de Castilla Isabel de Trastámara sigue siendo un tabú en nuestros estudios histo-

riográficos. A lo largo de los últimos cinco siglos se cuentan a miles los trabajos y biografías que proclaman sus virtudes a niveles superlativos y que la consideran digna de ser elevada a los altares. Sin embargo, el autor del libro que comentamos se atreve a proclamar abiertamente que no es oro todo lo que reluce, y pone manos a la obra para demostrar que, si nos atrevemos a prescindir de loas y «botafumeiros» y seguimos, paso a paso, su trayectoria política y vital, si nos preguntamos por todos los documentos sospechosos que han desaparecido, si nos planteamos las razones profundas de determinadas muertes, las razones reales de su matrimonio o su estrategia para alcanzar una Corona de Castilla que en modo alguno le correspondía, posiblemente nos percatemos de que los rasgos de su trayectoria histórica no sitúan a Isabel la Católica entre ese escaso grupo de gobernantes que sacrificaron su bienestar por el progreso, la libertad y el bienestar de sus súbditos.

Juan G. Atienza profundiza en la idea de que Isabel fue y sigue siendo la cabeza visible de una operación política de gran envergadura que sobrepasó los límites de su reinado y llegó a constituir toda una actitud ideológica que muchos han dado en llamar nacional-catolicismo, que nace de su persona y que ha sobrevivido hasta nuestros días. Esa actitud suponía la cuidadosa cimen-

tación de una personalidad colectiva determinada que, en cierto sentido, fuera resumen de todas las virtudes atribuidas a su imagen emblemática, resultaran éstas ciertas o, en su caso, simplemente tejidas a partir de aquellos testimonios que podrían confirmarlas, una vez despojados de la realidad que se escondía detrás y sin que importara demasiado su autenticidad.

Atienza hace especial hincapié en la manipulación y tergiversación de datos que dificultan y neutralizan cualquier asomo de sincera objetividad histórica. «Desaparecen pruebas –afirma–, se destruyen datos, se escamotean o se falsifican documentos esenciales y hasta, con la excusa de la verdad doctrinal en ristre, se tergiversan evidencias que pudieran transformar la opinión mayoritariamente aceptada, negando cualquier oportunidad al planteamiento de una nueva manera de interpretar esa Historia que siempre se aceptó con toda su manipulación a cuestas».

El autor de *Regina Beatísima* llega a la conclusión de que no caben más que dos actitudes: la primera, otorgar callando y aceptar los modelos de comportamiento impuestos por las ideologías dominantes, aunque siempre desconfiemos de su verosimilitud; la segunda, asumir el riesgo de pecar de traición contra las virtudes patrias reconocidas y, «aun a conciencia –escribe– de tener que desafiar a la casi obligada aceptación de certezas a medias, enfrentarse a la

Historia académica exponiendo no sólo sus evidencias, sino las dudas, las sospechas y las conjeturas que apenas permiten dejar que escape entre sus resquicios la aventura prefabricada que inventaron «ad maioren dei gloriam» los patéticos defensores de unos idearios políticos y religiosos difíciles de asumir desde parámetros objetivos».

En su «leyenda negra de Isabel la Católica», Atienza destaca como, hasta la subida al trono de los Reyes Católicos, la realidad que desvela el epitafio tumbal de Fernando III el Santo –el concepto del reino de «las tres religiones»–, siguió constituyendo una realidad. «Los reinos peninsulares –afirma–, fueron, con todas sus vicisitudes, tierras donde habían convivido las tres religiones del Libro, estableciendo entre ellas una suerte de ósmosis espiritual que, con todas sus restricciones y sus enfrentamientos, supuso un trasvase vital que, al menos, se desarrolló durante aquel tiempo preciso, hasta que se hizo realidad el duro integrismo religioso de Isabel y de sus mentores, que, con la aquiescencia política de un Fernando que siempre respaldó sus decisiones doctrinales, fue presionado a desaparecer».

A pesar de que sus panegiristas incondicionales siempre han tenido a la reina Isabel como un modelo, no sólo de piedad y ortodoxia católica sino también de inteligencia, a Atienza no le queda más remedio

que reconocer que no fue lo suficientemente grande al carecer de esa alta visión de futuro y de ese genuino sentido de la grandeza efectiva que puede llegar a atesorar un Estado cuando sus dirigentes logran establecer y mantener en sus estructuras un auténtico equilibrio institucional, sabiendo integrar en una unidad esencial todos los factores vitales: políticos, sociales, religiosos, tradicionales, económicos y culturales que lo componen.

El libro que comentamos analiza con detalle los tres acontecimientos clave del reinado de los Reyes Católicos; tres acontecimientos que marcan el sentido de un instante histórico, pero también el rumbo que habría de tomar el acontecer de España a lo largo de los quinientos años siguientes. Los acontecimientos en cuestión son: la conquista de Granada, con el práctico fin de la presencia islámica en la Península y el inicio de su unidad nacional bajo la exclusiva dictadura de la fe cristiana; la llegada de Castilla a América, con el primer conato de desarrollo universal de la idea del imperialismo teocrático soñado por Isabel la Católica; y la expulsión de los judíos, con la ruptura política y la de un conato de convivencia religiosa que había marcado el devenir histórico peninsular desde los tiempos de la *pax romana*.

El autor de *Regina Beatísima* finaliza su trabajo apuntando una fecha, 2004, quinto centenario de la